

"Lo colocaré en mi oratorio."—Después el Sr. Obispo tuvo que escribir un sermón sobre la caridad.—El cuadro le inspiró todo lo que dijo, porque frente á él se sentó á escribirlo.

CAPITULO XX.

ABNEGACION DEL SACERDOTE CATÓLICO EN TIEMPOS
DE EPIDEMIA.—CÁRLOS
BORROMEIO, BELSUNCE, QUELEN.

Estos nombres, que un siglo y después otros siempre glorificarán y bendecirán, porque dominaron toda la historia de las miserias humanas, son los de los tres Sacerdotes católicos que con solo sus talentos los habrían hecho célebres, si por otro respecto no se hubieran inmortalizado con una gloria imperecedera en esta vida llena de vicisitudes, por su abnegación y su caridad. Ellos solos resumen enteramente toda la cari-

dad del cristianismo, y fueron su personificación sublime en los tiempos de prueba. La misma filosofía, á pesar de sus preocupaciones, no les ha podido arrebatarse el glorioso título de bienhechores de la humanidad.

El Sacerdote católico, como la cruz, de la que es el representante y depositario, necesita de los malos y calamitosos tiempos para darse á conocer, para evaluar su grandeza, para glorificarse; en las épocas de calma, la divinidad de su mision pasa inadvertida. Los hombres ofuscados por la prosperidad, raras veces fijan sus miradas en el cielo. Como cuando sobre el dilatado océano se boga á velas llenas, y un dulce céfiro balancea muellemente la nave, y un cielo purísimo esclarece nuestra ruta, ¡oh, que difícil es dejar de contemplar los objetos que pasan sucesivamente á nuestros ojos! Se querría siempre gozar de la mar, y el puerto no nos parece en lontananza sino como una tierra de desierto; entónces la patria nos desagrada, y no recibimos bien al que viene á hablarnos de sus dulzuras, ó á hacérsola desear por el cuadro de un triste naufragio.

Pero cuando se desata la tempestad furiosa, y el mar ruga, y el mástil, y el cordaje y el timon son despedazados, y la nave se ha hecho el

juguete de las olas espumosas, y el relámpago y el rayo inflaman la nube, y los furiosos vientos se desencadenan, y una noche espantosa pesa sobre el húmedo elemento, no podemos ménos que desear vivamente la tierra de nuestra patria, llamando para consolarnos todos los recuerdos que nos la hacen querida.

Así, cuando el mundo está tranquilo y la vida se ha deslizado entre las dulzuras y los gozes, no se piensa ni en Dios, ni en los Sacerdotes sus ministros; se les relega al fondo de los templos. Pero sobrevenga á la sociedad el trabajo y el dolor, entónces se piensa en una vida mejor.

Cuando aparece alguna de aquellas terribles calamidades que Dios saca de tiempo en tiempo de la copa de su cólera; cuando el ángel de la muerte sacude su sudario sobre la humanidad, cuando diezma al mundo y lo tritura como en un mortero, entónces, toda ilusion se desvanece. Vanamente se tratará de repeler el mal; todos los recursos serán inútiles; la ciencia misma será impotente; nada resistirá al azote destructor. Será el fuego del abismo que se nutrirá y fortificará con las lágrimas de la desesperacion. Entónces se efectuará en todos los rangos de la sociedad un gran movimiento, una inusitada

solicitud. Cada uno se retirará y huirá para evitar el contagio: solo el Sacerdote quedará, porque á él solo pertenece ser al principio regenerador de la existencia inmortal, él solo es la esperanza, la fé, la caridad personificadas. Fuera del Sacerdote, no hay más que la vida material, una vida automática; nada de grande, nada de caritativo late bajo la espesa frialdad de los cultos fabricados por las manos de los hombres: no hay tampoco en ellos ni abnegacion, ni inmolacion. (1) El protestantismo no puede encontrar entre sus ministros un solo ejemplo de caridad; y cuando quiere hablar de esta virtud, se reduce á cubrirse con la de Vicente de Paul para disfrazarse con ella: Voltaire lo habia reconocido así. «Los pueblos separados de la comunión romana, dice en su *Ensayo sobre las costumbres*, no han hecho más que imitar muy imperfectamente su caridad generosa.» Los de-

(1) Sin duda no hay virtudes aisladas en nuestros hermanos extraviados, pero estas son las que ven, por esto las imitan, tomándolas del Cristianismo, la limosna, por ejemplo; pero cuánto dista ella de la caridad.

sastres públicos, las grandes pruebas por las que ha pasado la humanidad, fueron siempre funestas al nombre del clero protestante. Durante los desastres de 1543, los ministros se presentaron al consejo de Ginebra, declarando que no tenían el valor suficiente para ir á socorrer á los apestados, suplicándole por tanto les dispensara su debilidad. Uno solo, Mateo Geneston, ofreció ir, si era que por suerte le tocara. (1) Por doquiera que el cólera ha sentado sus reales, la impotencia del protestantismo para dominar el peligro, se ha hecho muy notoria. Se sabia en qué lugares, estando contagiados, estaban apostados los Sacerdotes católicos; pero ¿dónde se encontraban entónces los pastores de esa Iglesia reformada? En Nueva-York, no fué, ni á los ministros del santo Evangelio, ni á los anglicanos para quienes el consejo municipal votó un homenaje de gratitud, sino solo para los humildes religiosos católicos, cuya sublime abnegación fué, durante la epidemia, tan múltiple para ocurrir á todos los sufrimientos. (2)

(1) Extracto de los registros de la República de Ginebra.

(2) Rossely de Lorges. *Cristo ante el siglo* p. 395.

En el siglo XVI, un mal epidémico extendió su círculo sobre la diócesis de Milan. Bajo sus golpes mórtíferos los hombres caían á millares: los vivos no bastaban ya para sepultar á los muertos. Carlos Borromeo no abandona el campo de la desolacion: dia y noche está en medio de los apestados; él mismo les administra los socorros espirituales, despues de haberles prodigado todos los cuidados de la tierra: inútilmente tratan de arrancarlo de en medio de sus ovejas para conservarle la vida; no pueden conseguirlo, porque no quiere consentir en separarse de sus hijos.

En Marsella, el azote exterminador se descarga sobre todas las cabezas; la desesperacion sigue el paso del ángel de la muerte. De Belsunce deja su palacio; se dirige á los lugares invadidos en los que con más creces hace sus víctimas; y como un padre amoroso, cuenta las palpitations del corazon del enfermo, calcula el progreso del mal, no se retira de su cabecera sino cuando su alma ha volado al otro mundo.

Esta abnegacion tan sublime ¿no ha sido despues superada, en cierto modo, por aquel Prelado de la Iglesia de Paris, cuya pérdida fué tan generalmente sentida, y de la cual no podria consolarse, si el cielo en su nisericordia no le hu-

biese dado un sucesor tan lleno de aquellas relevantes cualidades que forman á los grandes obispos y los grandes santos?

La revolucion de hecho acababa de verificarse los dos partidos embrazaban todavía las armas: vencedores y vencidos permanecian absortos, palpitantes y sorprendidos, porque no podian los unos darse razon de su triunfo ni los otros de su derrota. Fiel á su conciencia y á su carácter de sacerdote, Monseñor de Quelen habia permanecido extraño á toda intriga, y sin renegar como muchos del pasado, acepta con resignacion el presente como Dios se lo envia, cuidándose muy poco del porvenir, porque su esperanza no está en la tierra sino en el cielo. Con todo, la calumnia lo presenta como al enemigo más declarado, como un cruel tirano y el pueblo tiene la debilidad de creer en estas calumnias. Decir, pues, todo lo que este augusto Pontífice tuvo que sufrir, es casi imposible. Se le arrojó de su palacio, se apoderaron de todo lo que en él habia, destruyendo lo que no pudieron llevarse, no obstante que su casa se reputaba como un monumento de la fé de nuestros padres, y como un memorial de nuestra antigua gloria. Se le persigue hasta en su casa de campo, y entónces se vió un espectáculo dig-

no de eterna compasion: el primer pastor de la Diócesis de París no tuvo un asilo; errante y fugitivo, no halló donde reposar su cabeza; dulce semejanza con aquel por quien padecia y al que amaba. M. Quelen pudo sustraerse por un momento á la rábia frenética de sus enemigos; se ocultó. Entónces el cólera se desarrolla sobre aquella gran ciudad, quizá para expiar su pueril credulidad y sus demanes. A la primera noticia del desarrollo de tan terrible epidemia, el Arzobispo rompe su destierro, al que lo habian relegado las malas pasiones. Sale de su soledad; nuevo Jeremías, aparece sobre los restos de la poblacion parisiense. No creais que la viene á insultar en sus desastres públicos, ni á exhalar sobre el hecho del pobre pueblo el odio de su rencor, nó, él, Sacerdote de Jesucristo, viene solo á sacrificarse por ella; viene solo á servirla, porque como Jesucristo su modelo, no sabe más que perdonar y bendecir: sus armas son la oracion y el amor. Entónces todo lo olvida; entónces se entrega en cuerpo y alma para servir á sus queridos coléricos. Su casa no la puede dar porque se la han arrebatado; se procurará entónces otros recursos. La conflagracion no lo

destruyó todo; y por eso dió solo lo que sobrevivió al saqueo que se le hizo: y en la parte de su palacio que se escapó del pillage y del incendio, allí se establece con la enfermedad y sus apestados. Cesa el azote, y M. de Quelen vuelve á su soledad para no salir de ella, hasta que no se le diga. Muere el 31 de Diciembre de 1839 dejando una grande, una inmensa familia, los huérfanos del cólera. Su muerte fué, como debia esperarse, santa, tranquila; iba á ser juzgado por Aquel cuyo corazon tanto habia amado. Se nos perdonará que suprimamos toda reflexion; confesamos nuestra incapacidad para celebrar tales actos de heroicidad y abnegacion.

Carlos Borromeo ha escrito preciosos libros: por su nacimiento, descendia de una de las más ilustres casas de Italia. Por algun tiempo fué llamado á dirigir los destinos del mundo católico.

De Belsunce ha dejado en literatura obras muy estimadas. M. de Quelen, era miembro de la Academia francesa; y sin embargo la fama de estos hombres quizá no se hubiera trasmitido á la posteridad por su gloria literaria, si ellos no hubieran adquirido sus timbres gloriosos por haberse sacrificado é inmolado para el bien de la

humanidad. Hombres venerables, santos preladados, vivireis eternamente en el recuerdo de todos los siglos, se hablará de vosotros, se os bendecirá tanto, mientras el linaje humano tenga qué sufrir, y entre tanto que el sol permanezca iluminando al mundo.

CAPITULO XXI.

CONTINUACION DEL MISMO OBJETO.—RELIGIOSOS
DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

No bastaba al Sacerdote católico asistir al moribundo á la cabecera de su lecho, hablarle de la inmortalidad ante la muerte, consolarle en tiempo de la prueba; necesitaba aún que se estableciera él, el Sacerdote en el fondo de las más espantosas soledades para socorrer al viajero extraviado, y cosa admirable, que los animales mismos aprendiesen de él á ser los instrumentos de sus obras sublimes, y que sus gritos sobre la ci-